

ANT-XIX-2183(3)

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

**LA ESPAÑA DRAMATICA.**

DE  
**D. PABLO AVECILLA.**

SOBERBIA Y HUMILDAD.



**PUNTOS DE VENTA EN MADRID:**

D. Juan Diaz de los Rios,  
*calle de Carretas.*



D. José Cuesta, *Carretas 9.*  
Bailly-Bailliere, *Príncipe.*

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Anton, 26.

1859.

# CÁTALOGO de las obras dramáticas de la propiedad del CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

## DRAMAS EN TRES Ó MAS ACTOS.

Soberbia y humildad.  
 Cid Rodrigo de Vivar.  
 La India.  
 Vida por honra.  
 Madrid por dentro.  
 Entre el cielo y la tierra.  
 Susana.  
 La duda.  
 Los Hijos de la noche.  
 El Capitan Pasheco.  
 Hamlet.  
 Don Alvaro de Luna.  
 El Triunfo del pueblo libre.  
 Napoleon en España.  
 Kuser ó los bandos de Holanda.  
 La Torre del Duero.  
 Magdalena.  
 La Pasion.  
 El Hijo del ciego.  
 El Castillo de Balsain.  
 Los Contrabandistas del Pirineo.  
 El Puente de Luchana.  
 ¡Creo en Dios!  
 Las Jornadas de Julio!  
 Pedro Navarro.  
 Don Rafael del Riego.  
 La Niña del mostrador.  
 La Mano de Dios.  
 Remismunda.  
 ¡Redencion!  
 Rioja.  
 Mujer y madre.  
 El Curioso impertinente.  
 La Aventurera.  
 La Pastora de los Alpes.  
 Felipe el Prudente.  
 Dios, mi brazo y mi derecho.  
 El Fénix de los gigantes.  
 Ricardo III.  
 Caridad y recompensa.  
 El Donativo del diablo.  
 La Hija de las flores.  
 El Valor de la mujer.  
 La Fuerza de voluntad.  
 La Máscara del crimen.  
 La Estrella de las Montañas.  
 La Ley de raza.  
 Sancho Ortiz de las Roelas.  
 Andres Genier.

Adriana.  
 La Ley de represalias.  
 El Ramo de rosas.  
 Caibar, *drama bardo*.  
 El Trovador, *refundido*.  
 Cristobal Colon.  
 Un Hombre de estado.  
 El Primer Giron.  
 El Tesorero del Rey.  
 El Lirio entre zarzas.  
 Isabel la Católica.  
 Antonio de Leiva.  
 La Reina Sara.  
 Últimas horas de un Rey.  
 Don Francisco de Quevedo.  
 Juan Bravo el Comunero.  
 Diego Corrientes.  
 El Bufon del Rey.  
 Un Voto y una venganza.  
 Bernardo de Saldaña.  
 El Cardenal y el ministro.  
 Nobleza republicana.  
 Doña Juana la Loca.  
 El Hijo del diablo.  
 Sara.  
 Garcia de Paredes.  
 Boabdil el chico.  
 El Fuego del cielo.  
 Un Juramento.  
 El Dos de Mayo.  
 Roberto el Normando.

## COMEDIAS EN TRES Ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.  
 El hijo natural.  
 El dinero y la opinion.  
 Un hombre importante.  
 Quien mas mira menos ve.  
 La escoba de la vida.  
 Unos llevan la fama.  
 Las Indias en la córte.  
 ¡Mejor es creer!  
 Los Organos de Móstoles.  
 La Escuela de los ministros.  
 El Fondo y la corteza.  
 El Tesoro del Diablo.

La Flor de la maravilla.  
 El Agua mansa.  
 Un Infierno ó la casa de huéspes.  
 El Duro y el millón.  
 El Oro y el oropel.  
 El Médico de cámara.  
 Un Loco hace ciento.  
 La Tierra de promision.  
 La cabra tira al monte.  
 Sullivan.  
 El Peluquero de Su Alteza.  
 La Consola y el espejo.  
 El Rabano por las hojas.  
 Tres al saco....  
 Un Inglés y un vizcaino.  
 A Zaragoza por locos.  
 Los Presupuestos.  
 La Condesa de Egmont.  
 La Escuela del matrimonio.  
 Mercadet.  
 Una Aventura de Richelieu.  
 Deudas de honor y amistad.  
 Merecer para alcanzar.  
 Para vencer, querer.  
 Los Millonarios.  
 Los Cuentos de a reina de Nav.  
 El Hermano mayor.  
 Los Dos Guzmanes.  
 Jugar por tabla.  
 Juegos prohibidos.  
 Un Clavo saca otro clavo.  
 El Marido Duende.  
 El Remedio del fastidio.  
 El Lunar de la Marquesa.  
 La Pasion de Venturita.  
 Quién es ella?  
 Memorias de Juan Garcia.  
 Un enemigo oculto.  
 Trampas inocentes.  
 La Ceniza en la frente.  
 Un Matrimonio á la moda.  
 La Voluntad del difunto.  
 Caprichos de la fortuna.  
 Embajador y Hechicero.  
 Mauricio el republicano.  
 A quien Dios no le dá hijos...!  
 La Nueva Pata de Cabra.  
 A un tiempo amor y fortuna.  
 El Oficial'ito.  
 Ataque y Defensa.  
 Ginesillo el aturdido.

R. 52.983

# SOBERBIA Y HUMILDAD,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL

DE D. MANUEL ORTIZ DE PINEDO.

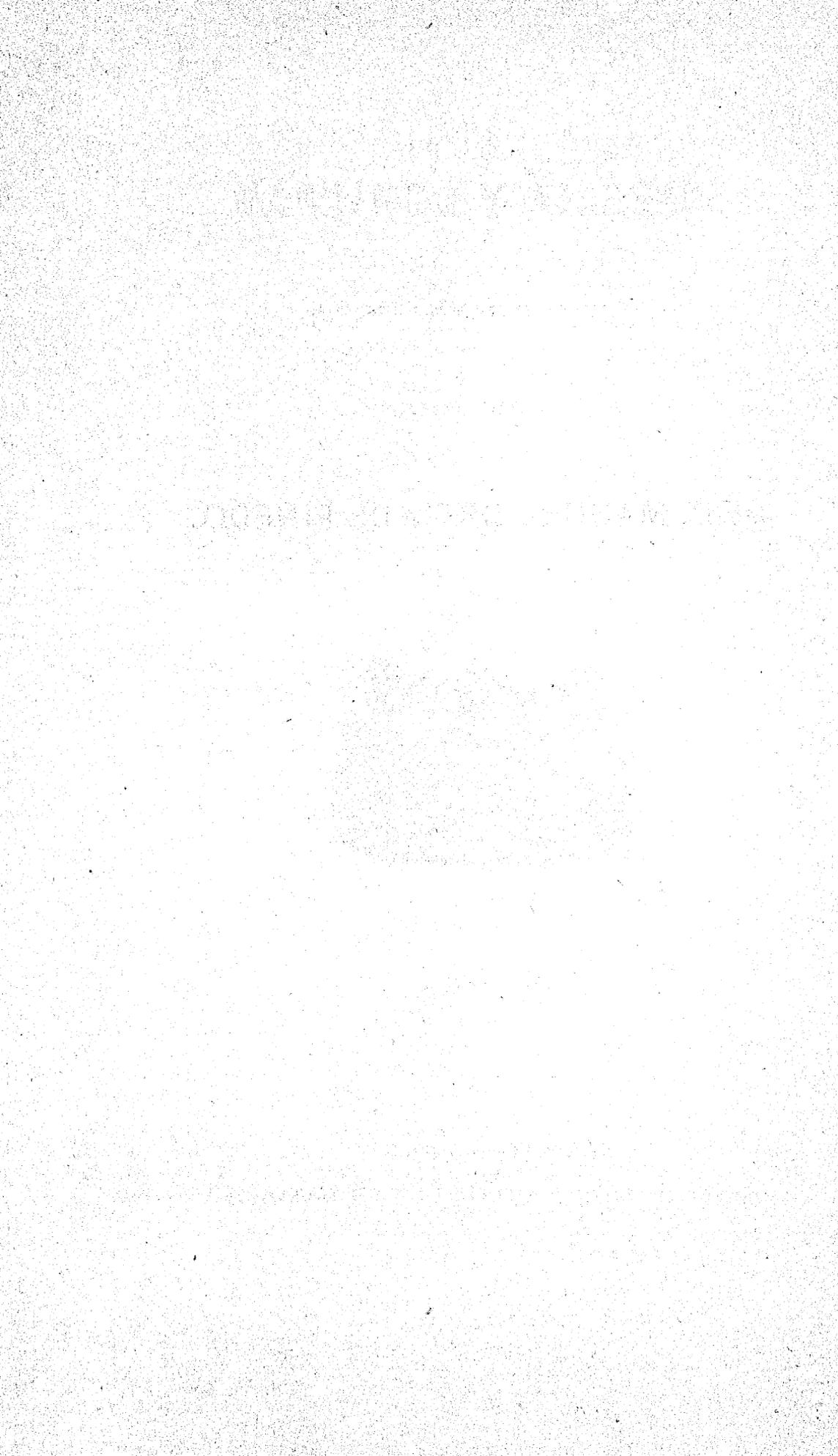


N.º 329.

MADRID 1859.

IMPRESA DE C. GONZALEZ, PELAYO, 26.





Esta obra, es propiedad de DON PABLO AVECILLA, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

**PERSONAJES.**

**ACTORES.**

|                                  |                                   |
|----------------------------------|-----------------------------------|
| ELENA. . . . .                   | D. <sup>a</sup> TEODORA LAMADRID. |
| CAMILA. . . . .                  | D. <sup>a</sup> AMALIA GUTIERREZ. |
| D. <sup>a</sup> RAFAELA. . . . . | D. <sup>a</sup> LORENZA CAMPOS.   |
| D. JORGE. . . . .                | D. JOAQUIN ARJONA.                |
| EL CONDE DE LA PALMA. .          | D. VICTORINO TAMAYO.              |
| JUAN. . . . .                    | D. JOSÉ MARÍA GARCIA.             |
| UN CRIADO. . . . .               |                                   |

La accion psa en 185...

# ACTO PRIMERO.

Gabinete amueblado con lujo: en el centro un velador ricamente tallado, sobre el cual se ven varios libros encuadernados en tafilete y un album.—Puertas á derecha é izquierda, y una grande en el fondo.

## ESCENA PRIMERA.

JUAN, *colocando dos ramos de flores en dos jarrones que hay sobre una cónsola.*

Vamos, así están bien; ya he cumplido el encargo de la señorita Elena. No, todavía me falta dejar el libro encima del velador... (*Pone sobre el velador un tomo.*) Con qué gusto hago todo cuanto me manda... No me sucede lo mismo con la señorita Camila: siempre me cuesta trabajo obedecerla... Ya se vé... á la una la quiero... la sirvo, no como un criado... mientras que á la otra la aborrezco... Porque una es la humildad misma, y la otra la soberbia en persona... Si desde pequeñitas han sido lo mismo... No parece sino que las criaturas sabían ya que no eran hermanas... Qué cambiados están los papeles en este mundo!... la buena es la pobre... En fin, si la señorita Elena es la huérfana recogida, en cambio el abuelo se desvive por ella... Impedido y todo como se encuentra, siempre la está haciendo mimos y caricias... Dicen que un criado viejo no hay secreto de sus amos que no sepa, pues yo llevo más de veinte años en la casa, y maldito si he podido averiguar por qué el se-

Por quiere con tanta ceguedad á esa niña... Vaya usted á saber... (*Mirando á la derecha.*) Aquí viene la fiera...

## ESCENA II.

JUAN hace como que arregla los libros.—CAMILA con gesto altivo y desdenoso.

CAMILA. Qué haces aquí?

JUAN. Estoy arreglando los libros de este velador...

CAMILA. Quién te lo ha mandado? Vuévelos á poner como estaban...

JUAN. Perdone usted, pero...

CAMILA. No me contestes; haz pronto lo que te he dicho.

JUAN. (*Desarreglando los libros.*) (Si no mirara...)

CAMILA. (*Reparando en las flores.*) Calla! quién ha puesto aquí estos ramos?

JUAN. Yo...

CAMILA. Quién te los ha dado?

JUAN. La señorita Elena...

CAMILA. (*Cogiendo los ramos con violencia.*) Toma; tíralos á la calle... ó llévalos donde yo no los vea.

JUAN. Cómo! despues que la señorita Elena ha pasado toda la mañana en coger las flores una por una en el jardín...

CAMILA. (*Impacientándose.*) No me repliques...

JUAN. Yo no los toco. La señorita Elena me ha mandado que los ponga ahí, y mi obligacion es obedecerla.

CAMILA. (*Colérica.*) Aquí no manda nadie más que yo; lo entiendes? Aquí no hay más señorita que yo... Además, este es mi gabinete, y no quiero que se mueva una silla sin mi permiso... Juan, llévate 'lores.

JUAN. Va... es, yo no me atrevo...

CAMILA. (*Amenazándole.*) Juan!...

JUAN. He dicho que no...

CAMILA. (*Tirando los ramos á sus piés.*) Vete de casa ahora mismo... ahora...

JUAN. (*Es la quinta vez que me despide.*)

### ESCENA III.

Dichos.—DOÑA RAFAELA.

RAFAELA. Qué voces son esas? Qué ocurre, hija mía?

CAMILA. Mamá, yo no puedo sufrir á este hombre. Abusando de sus años y de sus servicios, me desobedece á cada paso...

JUAN. Si la señora me permite que cuente...

RAFAELA. No necesito oírlo; veo á mi hija disgustada, y eso me basta para saber que no tienes razón. Pero, qué ha sido ello, hija mía?...

JUAN. (Cuánta culpa tienen las madres!...)

CAMILA. Que le he mandado que se lleve esas flores, y no ha querido hacerlo...

RAFAELA. (A Juan.) Y por qué?

JUAN. Porque la señorita Elena, que ha estado más de dos horas haciendo los ramos en el jardín, me ha mandado que los ponga sobre la consola.

RAFAELA. (Con intencion.) Ha hecho ella los ramos?

JUAN. Si señora... yo lo he visto.

CAMILA. Y yo que no quiero tener en mi gabinete más flores que las que haya mandado traer, le he dicho que las quite de ahí: me ha desobedecido tres veces, y me ha obligado á tirarlas y á despedirle.

RAFAELA. Eso es demasiado, hija mía...

CAMILA. (Con cólera.) Mamá, tú también?...

RAFAELA. No... si lo que yo quiero decir... Juan, coge esas flores y llévalas fuera.

JUAN. (Cogiendo las flores.) Obedezco; pero como el señor me ha dicho tantas veces, y me repite ahora, en los momentos en que el accidente le deja libre el habla, que sirva y trate á la señorita Elena como á su nieta la señorita Camila, yo estoy dispuesto á hacer cuanto me mande...

RAFAELA. Bien, siempre que mi hija no disponga lo contrario.

JUAN. Si eso pasa siempre.

RAFAELA. Bien, véte.

JUAN. (Qué madre tan ciega... No es más que un instrumento de su hija.)

## ESCENA IV.

DOÑA RAFAELA.—CAMILA.

CAMILA. Mamá, si este hombre ha de seguir en casa, es preciso que yo no le vea... que no entre en mis habitaciones.

RAFAELA. Hija mia, es menester sufrir su carácter brusco en consideracion á sus servicios y á los años que lleva en casa. Yo creo que pasan de veinte: tu difunto padre me le dejó muy recomendado, y el abuelo desde la parálisis no se encuentra sin él. Es honrado, fiel, si los hay; está al frente de todo, y solo el cariño que nos tiene es el que le dá alas para tomarse algunas libertades.

CAMILA. El cariño! Qué mal le conoces. El no quiere más que á Elena; toma su defensa hasta insolentarse conmigo, y eso es lo que yo no puedo consentir... Pero, ¿por qué esa niña á quien odio, á quien detesto, que no es mi hermana, que no me toca nada, ha de vivir conmigo y ha de acompañarme á todas partes para amargar todos mis gustos y placeres? Qué tengo yo que ver?...

RAFAELA. Hija mia, observo con dolor que la lucha entre Elena y tú es cada dia más grande... pero considera...

CAMILA. Es ya insoportable. Cuando éramos niñas y me mortificaban con su aplicacion, con sus adelantos en la música, en el dibujo... ó no les hacia caso, ó les recordaba que yo era rica y ella pobre; pero ahora no sé lo que me pasa, la ira me ciega; cuando vamos juntas al Prado, al teatro, á los bailes, y observo que apenas si repara en mis ricos trages, en mis diamantes y en mis peinados, la cáfila de necios que se le acerca á celebrar esa sencillez ridícula con que se viste... Las mugeres, no hay que decir; todas las que

no pueden llevar mi lujo, se han declarado en su favor.

RAFAELA. Es verdad, y como son tantas,...

CAMILA. Luego, ha hecho un estudio de cuanto á mí me gusta para declararse por lo contrario. Aborrezco yo la música, ella la ama con delirio; á mí no me gustan las flores, no piensa ella en otra cosa; yo estoy por los colores fuertes, ella por las medias tintas; yo por el lujo, ella por la sencillez; hablo solo de modas, ella de sentimientos y de poesía. Me fastidian los hombres de talento, ella busca su conversacion; y este contraste continuo nos ha puesto en esa lucha ridícula que observa ya todo el mundo. Si nadie nos conoce ya más que por dos motes...

RAFAELA. Qué dices?

CAMILA. Lo que oyes. A mí me llaman la soberbia y á ella la humildad.

RAFAELA. Hija, yo creo que el poco cariño que tú la profesas, te hace exagerar...

CAMILA. Qué exagerar! Yo no puedo brillar al lado de esa hipócrita, de esa gazmoña... Y lo que más me exalta es que no comprendo la causa de los elogios que la tributan. No soy yo más hermosa?

RAFAELA. Quién lo duda, hija mia.

CAMILA. No saben que yo soy rica y que ella es pobre?

RAFAELA. Deben saberlo.

CAMILA. Pues entonces...

RAFAELA. Esos elogios no son más que el eco de la envidia.

CAMILA. Eso he creído yo hasta ahora; pero ¿quién dirás que se puso la otra noche á celebrar delante de mí su talento y esa humildad ridícula, que se han empeñado en llamar modestia y dulzura?

RAFAELA. Quién? La marquesa...

CAMILA. No.

RAFAELA. Luis, ese pobre poeta que anda por los salones en busca de un corazón?

CAMILA. No te canses en adivinarlo. El conde.

RAFAELA. (*Con intencion.*) El conde!

CAMILA. Si, un hombre de quien dice todo el mundo que va á casarse conmigo: un hombre que por sus títulos y sus prendas da una gran autoridad á

- cuanto dice. (*Con cólera.*) Se puede dar mayor escándalo, di?
- RAFAELA. (*Con intencion.*) Y hablaba con calor?
- CAMILA. Con mucho. Y sabes quién tiene la culpa del prestigio que esa muger goza hoy entre ciertas personas?
- RAFAELA. No acierto...
- CAMILA. Tú!... tú, solamente.
- RAFAELA. Yo! hija mia, cómo te atreves...
- CAMILA. Tú, que has permitido que se presente en la sociedad como pupila del abuelo, ocultando que es una huérfana recogida de caridad, cuyo origen ignoramos.
- RAFAELA. Cálmate, por Dios, Camila...
- CAMILA. Qué sabemos de ella? Que el abuelo la trajo de América cuando tenia tres años. Quiénes son sus padres? Por qué has consentido que se le dé la misma educacion que á mi y que se siente á mi mesa? Los que comen el pan de limosna no deben levantarse nunca del suelo. Esa muger no ha debido ser más que mi criada.
- RAFAELA. Camila, hija mia, no me desgarres el alma con tus palabras. Cuando el abuelo vino de América, no teníamos más que mi pension de viuda: la condicion que me puso para vivir en su compañía y disfrutar de su gran caudal, fué la de que habia de considerar á Elena como si fuera tu hermana. «Haz cuenta, me dijo, que tienes una hija más y yo dos nietas. No me hagas una sola pregunta, añadió, sobre el origen de esta niña, porque no te contestaré nunca.» Hasta hace cuatro años que le atacó el accidente, él ha cuidado de vuestros maestros; os ha acompañado á todas partes; él es el responsable de todo.
- CAMILA. Tú, que aceptaste con esa condicion humillante unas riquezas que al fin y al cabo hubiesen sido mías, porque es mi abuelo.
- RAFAELA. Y entretanto hubiéramos vivido en la estrechez... no te hubiera yo visto deslumbrar con tu lujo á tantas mugeres... realizar ese que ha sido el deseo de toda mi vida. En fin, no hablemos más del pasado y ocupémonos del presen-

te. Me has dicho una cosa que ha venido á confirmar ciertas sospechas...

CAMILA. Qué?

RAFAELA. Me has dicho que el conde celebraba el otro día con mucho calor el talento de Elena delante de tí?

CAMILA. Bien, y qué deduces de eso?

RAFAELA. Tú sabes lo mucho que al conde le gustan las flores?

CAMILA. Sí, algunas veces hemos disputado porque yo no me las pongo nunca... pero no comprendo...

RAFAELA. El conde va á venir hoy por la mañana?

CAMILA. Sí, no debe tardar... de un instante á otro... pero á dónde vas á parar?

RAFAELA. No te llama la atención que Elena haya mandado colocar sobre esa consola dos ramos de flores hechos por ella?

CAMILA. Cómo! qué quieres decir?...

RAFAELA. Lo que hace mucho tiempo que estoy observando... que entre Elena y el conde hay ciertas simpatías...

CAMILA. Já! já! tú deliras... El conde, un hombre que estima en tanto sus títulos de nobleza; tan altivo como yo; que me ama; á quien todo el mundo designa como mi futuro... simpatizar con esa aventurera, que sabe Dios de quién será hija...

RAFAELA. Mira, una madre lo observa todo; el conde es entusiasta por las artes, profesa ciertas ideas... Yo hace tiempo que te hubiera comunicado mis sospechas; pero no me he atrevido...

CAMILA. Esas sospechas son absurdas.

RAFAELA. Ah! si hubieras espiado sus miradas... Va el conde esta noche al Teatro Real?

CAMILA. No...

RAFAELA. Qué tal! Hoy por la mañana me ha dicho ella que la dispense si no puede acompañarte al teatro esta noche.

CAMILA. *(Con aire siniestro.)* Mamá, no introduces en mi corazón un veneno que le haría estallar... Si lo que dices encierra un átomo siquiera de verdad, si esa muger es capaz de atreverse... *(Cambiano de tono.)* pero eso es absurdo... imposible; hoy mismo la he de llamar cuando

venga el conde, y la he de humillar en su presencia; he de estar más coqueta que nunca, para que se muera de envidia viendo mi felicidad. Yo le aseguro...

RAFAELA. Hija mía, no exageres una lucha...

CAMILA. Pues si yo deliro por la guerra; á mí me hace daño la paz.

RAFAELA. Prudencia, Camila... Acaso yo me equivoque.

CAMILA. Y si no te equivocas... Ah! yo apelaré á un recurso...

RAFAELA. Cuál? dimele...

CAMILA. (*Discurriendo.*) Ella no sabe quiénes son sus padres...

RAFAELA. Calla, ahí viene el abuelo...

CAMILA. Pues y eso? nos ha arrebatado completamente su cariño; ella parece la nieta y yo .. la advenediza.

## ESCENA V.

*Dichas.*—DON JORGE, apoyado en el brazo de Elena, y con la otra mano en un baston, aparece arrastrando los piés, y demostrando en todos sus movimientos las señales de la parálisis: su mirada es viva y ardiente como si toda su actividad moral estuviese concentrada en ella: su edad setenta años. Trae en la mano con que se apoya en Elena, uno de los ramos que tiró Camila.—JUAN viene detrás con el otro.

CAMILA. Mamá, mira; trae en la mano el ramo de Elena... atraviesa por aquí solo porque le veamos. (*Hace ademán de hablarle.*)

RAFAELA. Detente, hija mía...

CAMILA. Qué humillacion!...

ELENA. (*A D. Jorge.*) Quiere usted descansar aquí? (*Don Jorge contesta con la cabeza negativamente.*)

ELENA. (*Dirigiéndose á Camila.*) Se ha empeñado en pasar por aquí á su cuarto.

CAMILA. (*A doña Rafaela.*) Lo ves? Sin duda. Juan le ha contado todo lo sucedido... y ella por vengarse... (*D. Jorge atraviesa el teatro y entra por la izquierda.*)

JUAN. (*Ap.*) (Qué rabia estais pasando... mayor habia de ser si el señor pudiera hablar.)

## ESCENA VI.

DOÑA RAFAELA.—CAMILA.

CAMILA. Ah! Esto no se puede sufrir! Qué te parece?

RAFAELA. Que tu abuelo está cada vez más ciego...

CAMILA. Sí, aquí no habrá dentro de pocos dias más señora que ella.

RAFAELA. Tú no te acercas tampoco á saludarle... ni le preguntas cómo está... ni le acaricias... Durante esos ataques conserva su razon perfectamente; y si él viese...

CAMILA. (*Con ira.*) Eso es; yo tengo la culpa...

RAFAELA. No; quiero decir que los enfermos... toman mucho cariño á quien los cuida...

CAMILA. Cómo me he de acercar si no le abandona un momento... Ahora le tiene vuelto el juicio con una novela...

RAFAELA. Con una novela?...

CAMILA. Sí, con una novela que le está leyendo; cada capítulo le causa al abuelo una agitacion extraordinaria... Vámonos de aquí; va á salir y no quiero verla... Su presencia solo me enciende la sangre...

RAFAELA. Pero no conoces...

CAMILA. Vamos. (*Se la lleva.*)

## ESCENA VII.

ELENA.—JUAN, que salen por la izquierda.

ELENA. Juan, cuánto siento que le hayas contado lo de los ramos... has hecho muy mal.

JUAN. Si no se puede aguantar ya á la señorita Camila: basta que usted disponga una cosa para que ella mande lo contrario.

ELENA. Juan, tu deber es obedecerla, lo mismo que el mio. Yo conozco que su carácter es violento, pero su corazon es bueno...

- JUAN. Como el de la pantera.
- ELENA. No hables mal de ella en mi presencia; yo la debo el pan que como, la educacion que he recibido...
- JUAN. A ella? A su abuelo...
- ELENA. Pues bien; yo la quiero, y sea cual fuere su conducta conmigo, no me quejaré jamás... no tengo derecho á hacerlo.
- JUAN. Y si algun dia, lo que Dios no permita, faltase el señor, y le obligasen á usted á dejar esta casa... Entonces tampoco?...
- ELENA. No hablemos de eso: yo no la creo capaz... pero aunque lo fuese... yo la seguiria queriendo, y no dejaria de bendecir un solo dia su nombre y el de su madre. (*Con dolor.*) No he conocido más familia que ellas!...
- JUAN. Pues yo quiero á usted con todo mi corazon, y no puedo llevar en paciencia que la traten peor que á una criada.
- ELENA. Pero si no me tratan así.... Son aprensiones tuyas....
- JUAN. Señorita Elena, permitame usted que la diga una cosa... Nunca me he atrevido...
- ELENA. Qué? díla...
- JUAN. Yo no tengo familia; soy solo en el mundo... y todo mi cariño lo he puesto en usted: desde pequeña me ha interesado su suerte de un modo... que hace muchos años, muchos, que estoy ahorrando todos mis salarios que forman ya un capitalito.... Y no sabe usted con qué objeto?...
- ELENA. Qué dices?...
- JUAN. Perdóneme usted si la ofendo: esa pequeña cantidad la he juntado por si algun dia necesita usted de ella... por si algun dia muerto el señor... la dicen...
- ELENA. (*Dándole una mano.*) Gracias, Juan... si ese dia llegase... yo sé bordar, pintar... hallaria pronto modo de ganar mi sustento, sin necesidad de tocar á esos ahorros que representan el descanso de tu vejez y el fruto de tu trabajo.
- JUAN. Pero si usted los necesitase por un solo dia?..
- ELENA. Entonces... acudiria á ti.
- JUAN. (*Conteniendo las lágrimas.*) Eso me basta!

ELENA. (*Un criado anunciando.*) El Sr. Conde.  
(*Estremeciéndose.*) (Ah! y estoy sola!) (*Al criado.*) Que pase. (*A Juan.*) Vé á llamar inmediatamente á la señorita Camila. (*Elena se dirige á la izquierda.*)

### ESCENA VIII.

EL CONDE.—ELENA.

CONDE. (*Al ver el ademan de Elena.*) Elena!.. Elena!..  
huye usted de mí?  
ELENA. Yo huir!..  
CONDE. Como acaban de anunciarme, y se retiraba  
usted tan precipitadamente.  
ELENA. Viene usted á ver á Camila, y he creído que mi  
presencia...  
CONDE. Pues vea usted: cuando el criado me dijo que  
estaba usted aquí... eché á correr por anticiparme  
el gusto de verla...  
ELENA. (Qué dice?) (*Con embarazo.*) Usted es muy ga-  
lante...  
CONDE. No; me dijeron que estaba usted sola...  
ELENA. (*Ademan de retirarse.*) Aquí tiene usted á Ca-  
mila.....

### ESCENA IX.

Dichos.—CONDE.

CONDE. (No ha querido comprender!..)  
ELENA. Los dejo á ustedes...  
CAMILA. No, quédate; tengo mucho gusto en ello...  
ELENA. Tengo que hacer...  
CAMILA. No importa. (*Al Conde con coquetería.*) Señor  
Conde, necesito que me conceda usted un favor...  
Cuidado que no admito excusas...  
CONDE. (*Con indiferencia.*) Diga usted.  
CAMILA. Que no asista usted esta noche al baile de la  
Marquesa...

- CONDE. Lo siento mucho, pero tengo empeñada mi palabra...
- CAMILA. (*Con zalamería.*) Qué importa? Yo quiero que falte usted á ella...
- CONDE. No puede ser.... Si usted me hubiese dicho antes....
- CAMILA. (Qué frialdad!) Pues mire usted que me voy á incomodar...
- CONDE. Lo sentiré en el alma; pero me es imposible...
- CAMILA. Imposible! Esa palabra no se pronuncia nunca cuando suplica... una señora...
- CONDE. Camila, no puedo: he prometido á la Marquesa...
- CAMILA. Bah! Y es ese todo el compromiso?
- CONDE. Para mí lo es muy grande...
- CAMILA. (*Volviendo la espalda bruscamente.*) Muy grande! Pues debiera serlo mayor el mio.
- CONDE. (*A Elena.*) Qué dice usted, Elena?
- ELENA. Qué quiere usted que diga.
- CONDE. Su conversacion de usted hace falta siempre.
- CAMILA. (Qué es esto!) Siempre! Ja! ja!..
- CONDE. Perdone usted, he querido decir que como es tan agradable...
- ELENA. Sr. Conde, sus elogios de usted rayan en la ironia....
- CAMILA. Di mejor en el entusiasmo.
- CONDE. (*Procurando dominarse.*) Me ha comprendido usted mal, Camila.
- CAMILA. No; le he comprendido á usted perfectamente.
- CONDE. Está visto; hay dias en que la palabra no nos obedece... en que decimos mal...
- CAMILA. (*Con ironía.*) Lo que sentimos bien, no es verdad?
- CONDE. Camila, mudemos de conversacion, porque nos vamos enredando...
- ELENA. Yo tengo la culpa de todo en no haberme ido...
- CAMILA. No; yo en haber entrado...
- CONDE. Hagamos punto y hablemos de otra cosa... cuando falta la sinceridad... no es posible entenderse... Todo se interpreta...
- CAMILA. Eso es lo que iba á decir...
- CONDE. (*Enredado con los libros del velador.*) Calla! Consuelo! de Jorge Sand. Quién está aquí leyendo mi libro favorito?

- CAMILA.** Yo no... sin duda Elena...
- ELENA.** Sí, yo le mandé sacar esta mañana de tu librería... Perdona que no te lo haya dicho...
- CAMILA.** (*Con intencion.*) Le mandaste sacar... para ponerle sobre el velador?
- ELENA.** No, para leerle... Se le di á Juan...
- CAMILA.** Y Juan que adivina todos tus deseos le puso en ese sitio? .. Comprendo...
- CONDE.** (*A Elena.*) No le deje usted de la mano... Es un libro que consuela... Qué gran lucha la de esa niña!.. Va usted esta noche al teatro real?
- ELENA.** No...
- CAMILA.** (*Con intencion al Conde.*) Ni usted tampoco?
- CONDE.** No me gusta Lucrecia: el asunto de la ópera, nó la música, que es excelente.
- CAMILA.** Pues á mí es la única ópera que me encanta. Aquella muger altiva que lleva su venganza hasta el crimen, me entusiasma.
- CONDE.** A mí solo me interesa en el ária final cuando tan sublimemente espresa su dolor y su remordimiento.
- CAMILA.** Es una situacion falsa. Las mugeres de su temple ni se quejan, ni se arrepienten.
- CONDE.** (*Dirigiéndose á la consola.*) También se encuentran hoy vacíos estos floreros?
- CAMILA.** Cómo! qué dice usted?
- CONDE.** Que cuando veré yo flores aquí?
- CAMILA.** (Qué afrenta!) (*Con ira reconcentrada.*) Hace un instante que habia dos ramos y yo los he mandado tirar.
- CONDE.** (*Con viveza.*) Tirar! Y por qué?
- CAMILA.** (*Con dureza.*) Sr. Conde, Elena le dirá á usted las causas. (*Sale precipitadamente.*)
- ELENA.** (*Deteniéndola.*) Camila!
- CAMILA.** (*Desasiéndose con violencia.*) Todo lo sé; hipócrita, aventurera!

## ESCENA X.

ELENA.—EL CONDE.

- ELENA. (*Llena de asombro.*) Dios mio! qué significa esto?....
- CONDE. Ah! esto significa que Camila ha adivinado.... lo que usted no quiere comprender...
- ELENA. Sr. Conde, permítame usted que me retire...
- CONDE. No; no se irá usted sin oír lo que mi corazón no puede ya contener... lo que le ahoga.
- ELENA. (*Ademan de retirarse.*) No puedo oírlo...
- CONDE. (*Deteniéndole.*) Y por qué? No basta un año entero de angustia y de silencio? ya no es posible prolongar este martirio... Yo necesito saber.....
- ELENA. Camila ama á usted; su felicidad me interesa más que la mia propia... Las gentes le designan á usted como destinado á enlazarse con ella.... Solo con escuchar le hago una ofensa.....
- CONDE. Pero, qué dice usted? Las gentes... me designan... hay quién se atreve?.. Qué motivos he dado yo para semejantes suposiciones?
- ELENA. Cuando conoció usted á Camila en los baños, se dirigió á ella galanteándola... desde entonces en paseo, en el teatro, en todas partes se presenta usted á su lado... La asistencia de usted á esta casa... todas esas demostraciones han hecho nacer en el corazón de Camila un amor que necesita ser correspondido...
- CONDE. Y usted se atreve á decir?... Elena, no me atormente usted así... Es cierto que cuando yo conocí á Camila en los baños, antes de saber que usted existiera... entretuve con ella uno de esos juegos de amor á que se acude para matar el fastidio... en que uno y otro nos dirijimos esas frases hechas, corrientes, que nada significan y que conducen siempre á un mismo desenlace...
- ELENA. Sí, pero ella que...
- CONDE. Permítame usted: mas apenas tuve la dicha de conocer á usted, de penetrar el misterio de ternura y abnegacion que encierra su alma, mis vi-

sitas, mis paseos, mis conversaciones, mi existencia entera, á quién se ha consagrado?..

ELENA. (*Con embarazo.*) Sr. Conde...

CONDE. La eterna conformidad de nuestras almas en todos nuestros gustos, en las cuestiones de arte, en los placeres y dolores, en cuantas impresiones hemos recibido desde que nos conocemos, qué le han estado á usted diciendo continuamente?

ELENA. Señor conde, no prosiga usted... se lo suplico... yo no puedo, no debo oírle...

CONDE. Sí, Elena, le han estado á usted diciendo lo que mis palabras la repiten ahora por primera vez... que la amo á usted... que la adoro...

ELENA. (*Con inquietud.*) Ah! eso es imposible... desista usted de ese amor, que es una locura... yo se lo suplico...

CONDE. Desistir!... Elena!... ha encendido usted esta hoguera en que se consume mi existencia, y quiere apagarla ahora con una palabra?

ELENA. Entre ese amor y mi alma hay un abismo... que yo no debo salvar...

CONDE. Un abismo!... qué dice usted?...

ELENA. Sí; el amor de Camila.

CONDE. Siempre Camila! Qué tengo yo que ver con ella?.. Soy yo responsable?... Pero ella amar... Ah! no profane usted esa palabra santa y sublime... Ella se ama á sí misma, ama sus riquezas, sus trages... y el amor está reñido con el egoísmo. Que es lo que siente hácia mí, que llevo un título de conde? La misma afición, el propio capricho que hácia una pulsera nueva que no la han comprado todavía? Ah! esa no es la cuestión... Elena, yo necesito saber si acepta usted este amor que es mi existencia entera.

ELENA. (*Insistiendo en retirarse.*) Señor conde, no puedo contestar...

CONDE. (*Interponiéndose.*) Y por qué? Elena, es preciso que usted me conteste...

ELENA. Hay en mi corazón un sentimiento poderoso, exclusivo, que me impide consagrarme á ningún otro... ese sentimiento es la gratitud...

CONDE. Ah! eso no puede ser... mi corazón me dice que

- no me equivoco... tengo mil pruebas...
- ELENA. Pruebas!
- CONDE. Sí... A qué hemos de negar lo que nuestras miradas... nuestras simpatías... nuestras almas se están diciendo há tanto tiempo?...
- ELENA. Es fácil creer...
- CONDE. No; cuántas veces en el teatro se han apropiado nuestros corazones los coloquios de los amantes, los sentimientos de los actores, para hablar de nuestro amor?
- ELENA. Señor conde... comprenda usted...
- CONDE. Es preciso poner término á una situacion que yo no puedo soportar. Mañana mismo voy á pedir su mano de usted á su tutor... á su familia...
- ELENA. (*Estremeciéndose.*) Mi mano! (*Doña Rafaela aparece en la puerta de la izquierda.*)
- CONDE. Sí, Elena mia...
- ELENA. Pero usted no sabe... yo no he conocido á mi familia... yo no soy nada...
- CONDE. Y qué me importa eso? Sus padres de usted debieron ser tan honrados como su hija... Ah! no me haga usted la ofensa de creer que participo de ciertas preocupaciones... La soledad en que usted vive la engrandece á mis ojos... Vamos, cuando la consulten á usted mañana sobre mi petición, qué contestará?...
- ELENA. (*Llorando.*) Señor conde!...
- CONDE. (*Estrechando sus manos.*) Elena mia!... mi amor!... mi vida!... hasta mañana. (*Sale por el fondo.*)

## ESCENA XI.

ELENA.—DOÑA RAFAELA.

- ELENA. Qué es lo que he oido?... El hombre á quien amo... á quien idolatro... va á pedir mi mano? Yo! una huérfana... Pero por qué esta felicidad me oprime el corazon?... nace entre entre lágrimas?... (*Al volverse.*) Ah! no sabia...
- RAFAELA. Que estaba yo aqui? Todo lo sé... todo lo he oido...

ELENA. (*Cortada.*) El es quien me ha dicho...

RAFAELA. (*Con falsa alegría.*) Sí, que va á pedirnes tu mano... Ah! es una fortuna inmensa... yo te felicito por ella... Tú, una pobre huérfana... casarte con un conde, con un hombre tan notable... tan querido de todo el mundo... Es para volverse loca... Quién lo habia de decir?...

ELENA. Pero si Camila le ama...

RAFAELA. Camila! no te ocupes ahora de eso... Es cierto que muchas personas han creído que era á ella á quien se dirigia el conde... yo misma muchas veces... pero ya ves cómo nos hemos equivocado...

ELENA. Pero yo no puedo, no debo aceptar mientras no sepa si Camila...

RAFAELA. Es posible que se haya engañado tambien y que sienta por él... pero tú no puedes hacer semejante sacrificio... No faltaba otra cosa... Seria además inútil... A quien adora, á quien idolatra el conde es á ti...

ELENA. Yo no le he contestado todavía...

RAFAELA. Nada, nada; yo, mañana cuando venga, pienso decirle que soy muy gustosa... Por eso mismo quiero hablar antes contigo de un asunto muy sério...

ELENA. De un asunto muy sério?...

RAFAELA. (Qué trabajo me cuesta!) Sí, hija mia.

ELENA. (*Cogiéndole las manos.*) Ah! gracias! es la primera vez en mi vida que me llama usted así...

RAFAELA. La situacion en que te encuentras es muy grave. (Vamos, yo no me atrevo...)

ELENA. Muy grave!

RAFAELA. No has pensado tú nunca en el misterio que rodea tu nombre?... No sabes cómo viniste á casa?

ELENA. Sé que siendo muy niña me trajo el abuelo de América... que todo se lo debo á él... que soy una huérfana recogida por caridad sin duda... Por eso, como ignoro quiénes han sido mis padres, no hay un solo día en que este triste pensamiento no me haga derramar lágrimas y pedir á Dios que me descubra el misterio de mi vida... Algunas veces se me figura que vive mi madre... que la voy á ver... que un día, cuando

menos lo piense, vendrá corriendo hácia mí con los brazos abiertos y me dirá al estrecharme en ellos: «hija de mi alma.»

RAFAELA. Ah! tu madre no existe!...

ELENA. No existe! (*Pausa.*) Ah! la conoció usted? Cómo se llamaba?

RAFAELA. No la conocí; pero sé su historia...

ELENA. Y por qué el abuelo no me ha dicho nunca una palabra?...

RAFAELA. Te quiere tanto!... En fin, vamos al asunto. Tú sabes las formalidades que son necesarias para un casamiento?

ELENA. No me hable usted ahora de eso...

RAFAELA. Es preciso. El señor conde tiene padres; vuestro enlace se celebrará con la mayor solemnidad, y será menester que sepa quién fué tu madre!...

ELENA. (*Sobresaltándose.*) Quién fué mi madre?

RAFAELA. (*Valor, yo necesito salvar á mi hija.*) Sí, ahora se descubrirá que debes tu nacimiento á una desgracia. Tu pobre madre, engañada por un hombre que la faltó á sus juramentos... ahora se sabrá que no eres hija legítima, y la honra de tu madre será discutida por los padres del conde.

ELENA. (*Con exaltación.*) La honra de mi madre!

RAFAELA. Los parientes se opondrán; dirán que es una mancha para la familia...

ELENA. ¡Su nombre va á rodar ahora de boca en boca... va á ser profanado!... Este nombre bendito que yo adoro, provocará la risa de este... el desprecio de aquel... Sus cenizas santas van á ser removidas en su tumba por manos impuras... Y yo soy la causa... yo, su hija... Ah! jamás! yo la debo este sacrificio!... (*Cambiando de tono.*) Pero el conde me ama!... y yo le adoro... (*Llorando.*) sí, le adoro... El comprenderá...

RAFAELA. El tal vez comprenda que tú... no eres responsable... pero sus padres, sus parientes... la sociedad... Unos se reirán... otros querrán saber toda la historia... «Esa es,» dirán al verte... Será un escándalo...

ELENA. (*Como hablando consigo misma.*) Pisotearán su

nombre en mi presencia y no podré defenderla... Yo iré cubierta de diamantes, y dirán «por esas viles joyas ha vendido la memoria de su madre...» Y tendrán razón... (*Con resolución.*) Qué no hubiera hecho ella por mí si hubiese vivido?

**RAFAELA.** Vamos, valor; yo le contestaré que aceptamos; pero que hay ciertos secretos...

**ELENA.** (*Ahogándose.*) No, no... que no aceptan ustedes... que no le quiero... Yo necesito salvar el nombre de mi madre.

**RAFAELA.** Pero esa resolución, hija mía...

**ELENA.** Es irrevocable. Yo se lo juro á usted... (*Cayendo de rodillas.*) Madre mía! Tú me darás valor para el sacrificio!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

Salon de recibo ; alfombras , colgaduras y muebles de gran lujo. A la derecha un piano. Puertas á los lados y una grande en el fondo. En el centro un velador magnifico.

### ESCENA PRIMERA.

CAMILA.—DOÑA RAFAELA.

CAMILA. (*Sentándose en una butaca.*) Mamá , no te can- ses: inútiles son todas tus reflexiones.

RAFAELA. Hija mia, si no me escuchas...

CAMILA. Cómo te he de escuchar cuando la ira me cie- ga... Ah! qué afrenta!... Vamos, yo no acabo de creerlo!... Uno y otro se han burlado de mí hor- riblemente... Como se van á reir en casa de la marquesa... las del baron, á quienes he hecho tantos desprecios... Eugenia, que no me puede ver... en todas partes!... voy á ser el ludibrio de Madrid entero.

RAFAELA. Válgame Dios, qué empeño... Pero yo te he di- cho que tengo la seguridad , qué digo! la evi- dencia, de que cumple su palabra... de que de- siste de ese amor... Bah! despues de haberlo jurado... Con lo religiosa que es ella... No pue- des figurarte cómo se puso... Yo misma me es- tremecí...

CAMILA. Ilusiones tuyas... esperanzas locas de que yo no puedo participar. Cómo ha de desistir sabiendo que el conde la ama?... En el primer momento que la hablaste de su madre... obedeció á un impulso del corazon... pero cuando haya medi-

tado á solas sobre el sacrificio que ha ofrecido... no le hará. El cálculo... la cabeza , concluyen por dominar siempre...

**RAFAELA.** Pues esta mañana la he vuelto á hablar... y está tan resuelta como ayer. «El nombre de mi madre, me ha repetido, jamás se profanará por mi causa.»

**CAMILA.** Imposible ! Se exige de ella lo que no se puede exigir de ninguna muger... que renuncie á un amor que colma la ambicion y lisonjea la vanidad! Pero además... aunque, lo que yo no creo, fuese capaz de lo que tú supones, qué adelantáramos? Nada.

**RAFAELA.** Cómo que nada?... El conde no daría el paso de pedir su mano... vería en la conducta de Elena una consecuencia de su carácter extravagante... y pasado algun tiempo ni volvería á acordarse de ella.

**CAMILA.** Cómo te equivocas... lo ves todo al revés... Por eso no quiero hablar más...

**RAFAELA.** Vamos , sosiégate... Por qué me equivoco?... me lo quieres decir?...

**CAMILA.** Mi recurso es hoy completamente inútil aunque produzca el sacrificio de Elena.

**RAFAELA.** No comprendo...

**CAMILA.** Ya sabes que el abuelo ha recobrado la palabra... que esta mañana, aunque con dificultad, ha empezado á hablar... «Elena» , ha sido por cierto el primer nombre que ha salido de sus labios...

**RAFAELA.** Bien, y qué importa?...

**CAMILA.** Que el conde, amando como ama á Elena, no se contentará, como tú crees , con su negativa... querrá conocer á toda costa las causas de una resolucion tan estraña... y al saber que el abuelo, en este alivio que experimenta desde anoche puede hablar... se dirigirá á él , y qué se descubrirá entonces? Acaso, queriendo perderla, la hemos salvado... Quién puede calcular lo que contestará el abuelo?...

**RAFAELA.** Pero, quién le ha de decir al conde el alivio?...

**CAMILA.** Cualquiera... ella misma... Juan , su defensor, ese fiel y antiguo criado, en quien tú tienes

- puestos los ojos... De modo, que lejos de enmendar, lo que hemos hecho ha sido agravar la situación...
- RAFAELA. Hija, yo por librarte á ti... por evitarte el disgusto... Ah! si no te hubiera hecho caso... Siempre los malos medios dan ese resultado...
- CAMILA. Estamos bien. Yo voy á quedar corrida, en completo ridiculo... y tú vas á pasar por una calumniadora... Ah! quién sabe lo que va á suceder?...
- RAFAELA. Camila... niña, no te abandones á la desesperación...
- CAMILA. A la desesperación?... Yo caeré; pero envolviéndola en mi caída... Mal me conoces... (*Pausa.*) Mamá, tú estás resuelta á salvarme de la afrenta que me espera, sea cual sea el medio á que acudamos?
- RAFAELA. Hija mía, puedes dudarlo?... pero si el medio es como el que acabamos de emplear, no cuentes conmigo.
- CAMILA. (*Acariciándola.*) Sea cuál sea?
- RAFAELA. Pero, qué intentas? Me estremezco en pensar....
- CAMILA. No hay más que un partido que tomar...
- RAFAELA. Cuál?
- CAMILA. Echarla de casa antes que el conde venga... las suposiciones más desfavorables brotarán de este suceso... á poco que nosotras ayudemos, la calumnia se cebará en su nombre, y entonces, que el señor conde se atreva á levantarla del fango...
- RAFAELA. Cómo! qué dices? Pero qué explicación?... qué causa?... Ah! eso no puede ser... Además, quién se atreverá...
- CAMILA. Quién? Yo misma...
- RAFAELA. Jesús! Es una resolución muy violenta... No has contado tampoco con la oposición que hará el abuelo... ahora que se encuentra tan mejorado. Vamos, eso es absurdo, imposible...
- CAMILA. Imposible! yo te demostraré que no lo es.
- RAFAELA. (*Mirando hacia el fondo.*) Calla! hacia aquí se dirige con el abuelo... Hija mía, que te acerques á acariciarle... Ya ves cómo se quejó esta mañana de las pocas veces que has entrado á verle...

CAMILA. Pero en qué quedamos?

RAFAELA. Espera: ya hablaremos.

## ESCENA II.

*Dichas.—ELENA.—D. JORGE que entra apoyándose en su brazo por la puerta del fondo.—JUAN, que los sigue con un libro en la mano.*

- ELENA. Ande usted más despacio... más despacio...
- JORGE. Sí... la escalera del jardín... me ha fatigado mucho... mucho... El ánimo es firme, pero débil el cuerpo...
- ELENA. *(A Juan.)* Juan, acerca un sillón. *(Juan acerca una butaca en que se sienta D. Jorge.)* Ahora á descansar un poquito... Esa fatiga no es del paseo, sino de lo mucho que ha estado usted escribiendo esta mañana... *(Camila y Rafaela se acercan.)*
- JORGE. Sí, hija mia... pero era preciso. He estado adoptando ciertas disposiciones que me han quitado un peso del alma... El día menos pensado me puede repetir el ataque, y es necesario estar dispuesto... Ah! quién sabe...
- ELENA. Deseche usted esas ideas... Nunca ha estado usted más fuerte... Pues si ha andado usted como nunca...
- RAFAELA. Cómo se siente usted, padre?
- JORGE. Así... así... algo mejor. *(A Camila.)* Y tú, ingrata?
- CAMILA. No sé por qué me llama usted así...
- JORGE. Porque quieres poco á tu abuelo...
- JUAN. *(Las hienas no quieren á nadie.)*
- RAFAELA. Es que cuando está usted muy malo, y sobre todo cuando no puede hablar... le da tanta pena de verle... se affige de tal modo...
- JUAN. *(Está buena la esplicacion... Solo una madre...)*
- JORGE. No la disculpes... Tú estás ciega por ella...
- CAMILA. No me riña usted, abuelo... Usted tiene tambien la culpa... Yo no le cuido á usted, porque temo no acertar... A usted solo le adivina los pensamientos Elena...

- JORGE. Es verdad... Tú lo has dicho... hasta los pensamientos...
- ELENA. No hable usted de eso...
- JORGE. (*Cogiéndola una mano.*) Si no fuera por ti... cuánto no sufriría este pobre viejo!... Yo no estoy nunca mudo para ella... Con una mirada la digo cuanto quiero; no es verdad?
- ELENA. Si no muda usted de conversacion, me voy...
- RAFAELA. Si nosotras estuviésemos como ella acostumbra-  
das á cuidar de usted... pero desde que cayó  
usted enfermo no quiere que le asista nadie más  
que Elena...
- JORGE. Tú tienes que atender á tu hija... á sus vesti-  
dos... á sus peinados... Ya sé que brilla en los  
bailes como ninguna... que se divierte mucho...
- RAFAELA. Padre, es una reconvencion?...
- JORGE. No... yo me alegro...
- ELENA. Vamos, hable usted de otra cosa...
- JUAN. (*Buen rato la está haciendo pasar...*)
- JORGE. Sí, sí... Es lo mejor... Juan!
- JUAN. Señor!...
- JORGE. Traes ahí el libro que te he dicho?
- JUAN. Aquí está, señor.
- CAMILA. (*A Rafaela.*) La novela de que te hablé... Yo no  
puedo sufrir...
- JORGE. (*A Elena.*) Quiero oir otro capítulo de la novela  
en que me leías antes de caer con el último  
ataque...
- ELENA. Pues yo no quisiera...
- JORGE. Por qué?
- ELENA. Porque se conmueve usted luego tanto.. Es una  
novela tan triste...
- JORGE. No importa; me interesa mucho la suerte de ese  
capitan de buque que trabaja con tanto afan por  
hacer una fortuna... Vamos, busca donde que-  
damos...
- ELENA. Se va usted á afligir; la conclusion es muy tris-  
te, me ha hecho llorar mucho...
- JORGE. Llorar! (*Con asombro.*) Y por qué?
- ELENA. El pobre, despues de haber pasado por tantos  
peligros en Africa, se va á América...
- JORGE. (*Con sobresalto.*) A América!...
- ELENA. Allí se hace colono...

- JORGE. *(Lleno de espanto.)* Co...lo...no...
- ELENA. Pero, qué es eso? se pone usted malo?
- JORGE. No... *(Con voz apagada.)* Sigue... sigue... di...
- ELENA. Qué sé yo... Ya lo leeremos...
- JORGE. No... ahora... di...
- ELENA. Allí hace amistad con un capitan negrero, con un tigre...
- JORGE. *(Levantándose en la mayor exaltacion y con ademanes convulsivos.)* Eso dice?... men...tira... mentira...
- CAMILA. Abuelo, qué siente usted?
- ELENA. Dios mio... bien hacia yo...
- JORGE. *(Cogiendo con una mano á Elena y con la otra el libro, y siguiendo su pensamiento.)* Dónde lo dice?... En qué hoja!... en qué página?...
- ELENA. *(Sollozando.)* En el resto del libro...
- JORGE. Tú me engañas... yo quiero leerlo... *(Agitando el libro.)* En qué hoja?... pronto... pronto... Tú lo has inventado... tú sabes...
- CAMILA. *(Con aire feroz á Elena.)* Qué significa esto?
- JORGE. *(Pasando de la exaltacion de la cólera al miedo y estrechando á Elena.)* Ah!... no... no... no me engañas... todo es verdad... Perdona... *(Cae sin sentido en el sillón sin poder acabar la frase. Camila y D.<sup>a</sup> Rafaela le cogen en sus brazos.)*
- RAFAELA. Llévemose á su cuarto...
- CAMILA. *(A Elena que va á acercarse.)* No te acerques; no has visto que tu presencia le causa horror?
- ELENA. *(Apoyándose en un sillón.)* Dios mio! piedad... piedad de mi!...
- CAMILA. *(Con satánica alegría.)* (Ya te hundiste!) *(Camila y Doña Rafaela, ayudadas de Juan se llevan á Don Jorge, que anda con dificultad.)*

### ESCENA III.

ELENA, sola.

Qué es lo que me pasa!... Esto es horrible!... Ese hombre á quien yo amo como á un padre... amparo y consuelo de mi horfandad... me rechaza con espanto... Qué misterio es este?...

Qué recuerdos he despertado en su memoria?... Qué va á ser de mí, Dios mío! si pierdo el solo apóyo que me queda en el mundo!... (*Pausa.*) Dentro de poco vendrá el conde... Ah! me estremezco en pensarlo... Por todas partes la lucha... el dolor... el sacrificio...

## ESCENA IV.

ELENA.—DOÑA RAFAELA.

- RAFAELA. (*Con fingida amabilidad.*) Elena, hija mía...
- ELENA. Ah! no me dé usted ese nombre... resuena en mis oídos no sé cómo...
- RAFAELA. Pero, qué historia es la que encierra ese maldito libro?... Tú no has inventado?...
- ELENA. Yo inventar?... yo no sé mentir... Y luego, qué hay de extraño, de particular?...
- RAFAELA. Es verdad, nada. Vamos, es lo que yo he dicho. El buen señor, como se encuentra tan débil, ha empezado á delirar de repente... Como él ha pasado su vida en América, se exalta siempre que oye hablar de ese país...
- ELENA. Se ha sosegado ya?... Yo no me atrevo á entrar,
- RAFAELA. Me parece muy prudente... Tú ahora en unos días debes abstenerte de verle y de hablarle... Camila y yo le cuidaremos. (*Un criado entra con una tarjeta puesta en una bandeja de plata y se la presenta á Doña Rafaela.*)
- RAFAELA. Ah! el señor conde.
- ELENA. (*Estremeciéndose.*) El conde!...
- RAFAELA. (*Al criado.*) Que espere un instante; pásale al gabinete. (*A Elena.*) Mira, Elena, yo no me atrevo á recibirle sin que antes haya tenido una entrevista contigo...
- ELENA. Conmigo! Oh! yo no quiero verle...
- RAFAELA. Es preciso. Que le digo yo entonces? No comprendes que lo mejor, lo que menos sospechas puede inspirar es que tú misma le desengañes... Le ruegas que no se dirija á mí... que espere á que el tiempo... En fin, le dices que no piensas por ahora en casarte... que no le amas...

- ELENA. Yo misma!.. pero esto es tan difícil...
- RAFAELA. Nada más natural... No ves que yo no puedo negarme á su petición... Qué excusa... qué razon le doy yo? Jesús! se me caería la cara de vergüenza... Voy á decirle que pase...
- ELENA. No... no... pero yo, cómo voy á convencerle?... Ah! de ningun modo...
- RAFAELA. Hija mia, solo tú puedes arreglarlo... yo que tú concluiría de una vez... Mira, que como quede una esperanza en su pecho, todos los dias vamos á tener un conflicto... Yo, si me habla, no respondo de lo que haré...
- ELENA. (*Sollozando.*) No puedo... no puedo...
- RAFAELA. (*Acariciándola.*) Por tu madre!..
- ELENA. (*Rehaciéndose.*) Por mi madre!!!.. Que pase.

## ESCENA V.

ELENA sola.

Este nuevo dolor!.. tan grande... me mata!.. Haber anhelado tanto tiempo esa felicidad y renunciar á ella cuando la tocan mis manos!.. Renunciar á su amor... para siempre!.. Dejar de verle... de oír su voz... huir su presencia, romper hasta el último lazo... Pero si le amo tanto... tanto... si mi alma le pertenece toda entera. (*Escuchando.*) Ya se acerca... (*Con una energía nerviosa.*) Concluyamos de una vez.... Madre mia! mi sacrificio va á ser completo.

## ESCENA VI.

ELENA.—El Conde, *vestido de etiqueta.*

CONDE. Ah! Elena!.. no contaba con la dicha de ver á usted tan pronto... Cómo han corrido las horas para mí desde ayer... La alegría me trae inquieto... desasosegado... con fiebre... Todo lo veo envuelto en una atmósfera luminosa... la naturaleza entera parece que responde á los latidos de mi corazón, y que entona un himno á nues-

- tra felicidad... Qué dicha hay, Elena, que se iguale á la nuestra? Perdone usted los extravios... los delirios de mi amor...
- ELENA. (*Con fingida coqueteria y esforzándose por parecer alegre y ligera.*) Delirios... extravios... es verdad. Ah! Sr. Conde, yo no le creia á usted tan poeta...
- CONDE. (*Lleno de asombro.*) Cómo! qué quiere usted decir?... Elena, me contesta usted con un tono que me sorprende.... que no comprendo...
- ELENA. Cómo quiere usted que conteste á un hombre (*Remedándole delicadamente.*) que lo ve todo envuelto en una atmósfera luminosa... que cree que la naturaleza entera en una un himno á no sé qué felicidad... Ja!.. ja!.. Sr. Conde, es usted en literatura partidario del romanticismo?..
- CONDE. (*Lleno de sorpresa.*) Pero qué es esto?... Qué significa esta burla sangrienta?... Elena!.. soy yo... yo quien habia á usted...
- ELENA. (*Valor!*) Ya lo sé que es usted... Ha supuesto usted por ventura que el desasosiego..... la inquietud... la fiebre... me han arrebatado el conocimiento?... Estoy serena... tranquila... muy tranquila... No se alarme usted...
- CONDE. Esto es horrible... absurdo!.. Qué cambio es este? Ayer lágrimas de amor corrian de sus ojos de usted al escucharme, y hoy... la burla... la ironía... el sarcasmo emplea usted para contestar á mis palabras?..
- ELENA. (*Ah! no puedo oírle.*) Sr. Conde, aquí no hay cambio ninguno; ayer le dije á usted que habia en mi corazon un sentimiento esclusivo que me impedia consagrarme á ninguno otro... la gratitud. Por qué viene usted de nuevo á turbar la independenciam... la paz... la libertad... la dulce libertad de mi alma?..
- CONDE. Porque ayer cuando yo estreché su mano de usted entre las mias, sus lágrimas, los latidos de su corazon, la agitacion de su espiritu, sus miradas me dijeron... que me amaba... sí, que me amaba usted con toda su alma... Porque ayer cuando le dije á usted que iba á pedir su mano... aceptó usted mi pensamiento.

- ELENA. (Yo me ahogo.) Sr. Conde, olvidemos esa ráfaga pasajera... de emocion... de debilidad... en que ciertos recuerdos que las palabras de usted despertaron en mi imaginacion... me hicieron llorar...
- CONDE. Pero aquellas lágrimas?...
- ELENA. (Con resolucion.) Permitame usted. Creyó usted, Sr. Conde, que aquellas lágrimas eran de amor... y se equivocó usted... sí, se equivocó..... Yo no amo á usted... no amo á nadie... á nadie.
- CONDE. Dios mio!.. Qué es lo que digo?... yo me vuelvo loco... Y para esto ha mandado usted que entre á verla?
- ELENA. Sí... para que no cometa usted la imprudencia de... (Ahogándose.) pedir mi mano... (Con aire ligero.) Vamos, señor conde; eso ya pasó... todo pasa en el mundo. (Abriendo el piano.) Me quiere usted acompañar al piano?.. (Toca el conocido aire de Rigoletto. La donna é móvile.) Le gusta á usted este aire? (Continúa tocando.)
- CONDE. (Saliendo de su estupor.) Pero ha perdido usted la razon, Elena?.. Hasta el piano quiere usted que le ayude en su obra infernal?..
- ELENA. (Levantándose.) (Dios mio! piedad de mí!) Está visto, hoy no le gusta á usted la música... (Sentándose junto al velador.) Quiere usted hacerme la partida al ajedrez? (Mueve los peones.)
- CONDE. Qué contraste!.. ayer... (Como herido por una idea repentina.) Pero si esa alegria es falsa!... es mentira... sí, sí... mentira... Elena, qué secreto oculta esta transformacion?
- ELENA. (Haciendo por reír.) Secreto!.. ninguno.
- CONDE. Pero si hay lágrimas en sus ojos de usted...
- ELENA. Lá... grimas!.. Ja!.. ja!.. Sr. Conde, pero es posible que nada le haga salir á usted de su error?... Qué empeño! Vamos; seréne se usted... Quiere usted entretenerse leyendo los últimos versos que le han escrito á Camila... (Presentándole un album.) Son muy bonitos... Me he propuesto distraerle...
- CONDE. Camila! no pronuncie usted ese nombre maldito..... (Cogiéndole una mano convulsivamente.) Elena, yo creo adivinarlo todo... Esta alegria es

la buscara con que oculta usted algun secreto... alguna desgracia... Toda su vida de usted está en contradiccion con lo que está pasando en este momento... Si usted fuese lo que quiere aparentar... seria usted la muger más infame del mundo... y es usted un ángel... la víctima aca-so de un gran infortunio...

ELENA. Qué dice usted? Quién le dá derecho para su-poner?..

CONDE. Mi amor, más grande de lo que usted se imagi-na. Elena, qué infortunio es ese? Dígamele us-ted, sea cual sea...

ELENA. *(Como hablando consigo misma.)* Sea cual sea... Sr. Conde..... *(Deteniéndose.)* (Ah! qué iba á hacer?..)

CONDE. Elena!.. revéleme usted ese secreto... *(Arrodi-llándose.)* Se lo suplico á usted... por su ma-dre... Sí, por su madre que debió ser tan bue-na... tan pura... y tan honrada como su hija.

ELENA. *(Doña Rafaela aparece por la puerta del fondo.)* *(Con profundo dolor.)* Por mi madre!.. Ah! es verdad!... Son inútiles cuantos esfuerzos ha-ga usted... Es menester concluir de una vez..... Ese vértigo, esa calentura pasará. *(Con nerviosa energía.)* Sr. Conde... Soy la misma que ayer... sí, la misma... *(Con esfuerzos supremos.)* No le amo á usted... no... no... Ja... ja... no le amo... no le he amado nunca... Yo amar!.. yo!.. Qué locura!.. Pues si yo no amo á nadie... *(Ahogán-dose.)* á nadie...

CONDE. *(Con furor.)* Mentira!.. Yo veré á su familia de usted... á ese anciano á cuya tutela está confia-da, y le arrancaré la revelacion de este secreto.

ELENA. Deténgase usted... qué vá á hacer?... *(El Conde sale precipitadamente.—Dejándose caer en su sillón.)* Madre mia!.... yo necesito llorar... llo-rar!.. me están ahogando las lágrimas.

## ESCENA VII.

ELENA.—DOÑA RAFAELA.

RAFAELA. (*A Elena que no la oye.*) Hija mía, muy grande es el sacrificio que acabas de hacer... pero has cumplido con tu deber..... Siempre te quedara esa satisfaccion... Bien pensado, no habia otro medio... ya te lo dije... Tú sola podias convencerle, y sin embargo, no lo has conseguido..... Ya ves cómo se vá... afortunadamente no podra ver al abuelo... yo lo he previsto todo...

## ESCENA VIII.

Dichas.—CAMILA muy agitada.

CAMILA. (*Llevándose á su madre á un lado.*) No sabes lo que pasa?...

RAFAELA. Qué! habla...

CAMILA. Me he encontrado al conde que salia de aquí como un tigre... Por su agitacion, por sus palabras, he comprendido lo que ha pasado... Me ha tratado de una manera dura... feroz..... Ha intentado ver al abuelo, atropellando á los criados...

RAFAELA. Pero no le ha visto?..

CAMILA. El médico se lo ha impedido, suplicándole que volviese dentro de algunas horas, y se ha marchado... loco... fuera de sí... para volver...

RAFAELA. Cuando?..

CAMILA. Qué sé yo? acaso dentro de una hora...

RAFAELA. Y qué haremos si vuelve? Lo mejor es no recibirle...

CAMILA. No, mamá, eso seria lo peor... Mira, la situacion no puede ser más favorable para nuestros planes...

RAFAELA. No comprendo... Al contrario...

CAMILA. Escucha; el abuelo no se encuentra en estado de

contestar á las preguntas del conde... la duda ha penetrado ya en el alma de este, y es preciso que cada día que pase sea mayor... Ahora, para completar la obra, solo nos falta un golpe decisivo...

RAFAELA. Cuál?... me asusta tu alegría...

CAMILA. Convencer á Elena de que es necesario que salga de Madrid por unos cuantos dias... porque, permaneciendo en casa, se espone á las luchas continuas con el conde... con el abuelo... En un convento de Araojuez puede estar muy bien... Y cuando todo el mundo sepa que se ha refugiado en un convento, huyendo del amor del conde...

RAFAELA. Jesús! pero ella se negará... Yo no me atreveré nunca...

CAMILA. No, soy yo quien vá á decirselo...

RAFAELA. (*Deteniéndola.*) Hija mia, considera.

CAMILA. Déjame. (*Acercándose á Elena y procurando fingir la mayor dulzura.*) Elena!..

ELENA. Qué quieres?... Vienes á aumentar mi dolor?...

CAMILA. No me juzgues tan mal... Comprendo que me he portado siempre mal contigo... que te he tratado con dureza... que he abusado de mi posición... pero he sabido el sacrificio que acabas de hacer... y el remordimiento me obliga á venir á consolarle... (*Cogiéndola una mano.*) Me perdonas, Elena, el daño que te he hecho... tantas veces?...

ELENA. Yo no me acuerdo de nada... Siempre me has tratado bien...

CAMILA. Qué buena eres!.. Elena, yo no me atrevo á decirte una cosa.....

ELENA. Dila sin temor, sea cual sea... ya nada puede sorprenderme...

CAMILA. Mira, el conde puede volver de un momento á otro... el abuelo continúa pronunciando tu nombre de un modo extraño... no quiere verte...

ELENA. No quiere verme... Dios mio!..

CAMILA. Pues bien, yo habia pensado para evitarte otra lucha con el conde... para que puedas descansar de tantas emociones... que salieras fuera de Madrid... que dejaras esta casa... (*Juan apare-*

*ce por la izquierda y se queda parado en la puerta escuchando.)*

ELENA. Fuera de Madrid!.. que deje esta casa!..

CAMILA. Sí... en un convento de Aranjuez.

ELENA. *(Adivinando.)* En un convento!.. Y eso me lo aconsejas tú... tú... Ah! todo lo comprendo!...

CAMILA. Cómo! qué te imaginas!

ELENA. Juan tenía razón... *(Llorando.)* Me echas de esta casa... donde yo había encontrado un padre... en ese anciano á quien amo... que forma toda mi familia... Y yo que creía que no me separaría nunca de él... Es verdad, una huérfana no tiene nunca hogar... hoy duerme aquí y mañana... no sabe donde le sorprenderá la noche... Ah! qué desgraciada soy!..

RAFAELA. Pero, hija mía... si nadie te echa... lo que te aconsejamos es únicamente por tu bien...

CAMILA. Déjela V... su empeño es aparecer siempre como una víctima...

ELENA. Bien.. me iré... *(Juan sale precipitadamente.)* Pero yo antes quiero verle... darle un abrazo... contemplar su rostro tan cariñoso por última vez...

CAMILA. *(Con feroz.)* Eso es; quieres entrar á turbar su reposo... á reproducir la escena de antes... No has visto que le causas horror... que has acabado de trastornarle el juicio con tus lecturas y tus mogigaterías?...

ELENA. Ah! Camila... por Dios! déjame verle... yo no me voy...

CAMILA. *(Fuera de sí.)* Qué no te vas?.. Elena! Elena!... no provoques mi cólera... Vete... Sal cuanto antes de esta casa, donde tu presencia es una maldición...

RAFAELA. *(Asustada.)* Tranquilízate, hija mía..

ELENA. Me voy... sí... pero á ganar el sustento con mi trabajo... Ya no volveré á comer el pan que me dais amasado con ódio y con desprecio...

RAFAELA. Pero esa es una resolución loca... Al salir de esta casa, quién guiará tus pasos?... Quién te servirá de escudo?

ELENA. Mi honradez!..

CAMILA. Déjela usted que se vaya como quiera...



ELENA. Madre mia! *(Sale precipitadamente; pero al llegar á la puerta se encuentra con D. Jorge que entra con una agitacion extraordinaria apoyándose en los brazos de Juan y con ademanes fuertemente convulsivos. Elena lanzando un grito al verle. Ah!*

JORGE. *(Recibiéndola en sus brazos.) E...le...na!..*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO.

Habitacion de Don Jorge; estantes con libros, mapas, algunos instrumentos de náutica y una mesa de despacho. En primer término una butaca, y á su lado un velador pequeño.

## ESCENA PRIMERA.

DOÑA RAFAELA.—CAMILA.

RAFAELA. *(A Camila que está como abismada en sus reflexiones.)* Camila, hija mia, me quieres escuchar?..

CAMILA. No, he dicho que no; déjame.

RAFAELA. No sé lo que me pasa al verte así... Se me oprime el corazón... Qué le hemos de hacer... Quién sabe lo que sucederá todavía... Vamos, no te alijas de ese modo...

CAMILA. Aflijirme!.. Cuándo acabarás de conocer á tu hija?... No busques en mi alma más pasión que la del orgullo... más deseo que el de la venganza... Lo que me trae fuera de mí... loca... es la ceguedad del abuelo, que se ha convertido en instrumento de esa farsante... Vamos, nadie creería lo que pasa... Ah! estas son las consecuencias de tu debilidad... Si desde el primer día te hubieses rebelado contra él... No comprendo la obediencia... no la comprenderé nunca...

RAFAELA. No hablemos más de eso... Lo que yo quisiera saber es quién le avisó al abuelo de que Elena se marchaba...

CAMILA. Qué sé yo! Quién? Juan, probablemente, el oria-

do de tu confianza. Pero con qué objeto nos ha hecho venir aquí?

RAFAELA. Es lo que yo no adivino... Ya le viste que después de estrechar á Elena en sus brazos, nos dijo: «Vosotras á mi cuarto, y cuidado con salir de allí hasta que yo os lo mande.»

CAMILA. Y qué estuviste hablando hace poco con mi doncella?

RAFAELA. No te enteraste?..

CAMILA. No... presté atención.

RAFAELA. La pregunté qué hacía el abuelo: me contestó que ha intentado escribir una carta y no ha podido hacerlo; que entonces ha llamado á Juan, y hablando con mucha dificultad, le ha dicho que vaya á buscar á una persona...

CAMILA. A una persona! Luisa no sabe á quién?..

RAFAELA. No ha podido entenderlo... Juan ha salido corriendo...

CAMILA. De seguro es al conde... Esa infame le habrá contado...

RAFAELA. No, segun me ha dicho Luisa, que lo está observando todo, Elena no habla una sola palabra... no hace más que llorar y suplicar al abuelo que se sosiegue... La agitacion que está sufriendo ahora es tan grande, que no puede articular una palabra... Ya ves, cuando á Juan le ha costado trabajo entenderle... El médico ha dispuesto que no entre nadie... Y si Luisa no se equivoca, tambien le ha dicho á Elena que su presencia le hace daño al enfermo... le sobresalta.....

CAMILA. Todo es misterioso! Pero lo que yo digo es..... ¿qué lazo le une con esa aventurera?.. Con esa culebra que ha revivido al calor de nuestro seno? Y continúa á su cabecera?..

RAFAELA. No... las palabras del médico la han herido... y hace un momento que se ha marchado á su cuarto...

CAMILA. (*Reflexionando.*) Dices que el abuelo sufre uno de esos accesos que le privan del habla?.. Estás segura?

RAFAELA. Sí... pero qué meditas?.. Me causa miedo siempre que te pones á pensar...

CAMILA. (*Siguiendo su pensamiento.*) Esos ataques le suelen durar diez... veinte días y muchas veces un mes...

RAFAELA. Y algunas ni un día... ni una hora...

CAMILA. Si fuese al conde á quien ha mandado llamar... Si, sí, de seguro es á él...

RAFAELA. De qué lo deduces?..

CAMILA. No me dijiste ayer que Juan, que ignoraba lo que sucedió en la entrevista de Elena con el conde, sabía sin embargo que este quería pedir su mano...

RAFAELA. Sí...

CAMILA. Pues bien, Juan debe habérselo contado al abuelo, que por eso se ha apresurado á llamar al conde. Ah! yo estoy dispuesta á jugar el todo por el todo... La debilidad es el miedo y yo no temo á nadie...

RAFAELA. (*Asustada.*) Pero Camila, hija mia, qué intentas?.. No son ya bastantes las infamias cometidas con esa pobre niña?...

CAMILA. Tu hija es antes que todo. No te necesito para nada en lo que pienso hacer... Con que así no te alarmes...

RAFAELA. No importa... es menester que yo lo sepa...

CAMILA. No tengo inconveniente. Mira, el conde va á venir de un momento á otro, no me cabe duda... Yo voy á recibirle...

RAFAELA. Tú!.. Con qué objeto?..

CAMILA. Con el de hacerle creer que el abuelo le llama para decirle que no puede acceder á su enlace con Elena... que hay secretos muy graves... y que ella, tanto porque no le ama, como para que estos secretos no se descubran, ha resuelto salir de casa...

RAFAELA. Pero eso es una locura... El conde lo tomara... por una invención tuya...

CAMILA. Bien, pero yo le llevaré delante del abuelo y se lo repetiré; y como el buen señor no puede hablar, su silencio y... la misma agitación que le produzcan mis palabras la sabré yo convertir en asentimiento de lo que diga...

RAFAELA. Jesús! qué osadía!.. qué insensatez!

CAMILA. Tú no conoces á tu hija..... Cabalmente lo que

hay de atrevido en este recurso es lo que más me mueve á emplearlo. El todo por el todo... es preciso concluir de una vez... O ella ó yo...

RAFAELA. Dios mio! yo tengo la culpa de todo... Si no hubieses abusado tantas veces de mi debilidad no sucedería esto... Camila, (*Acariciándola.*) tú no harás eso, no darás á tu madre ese disgusto; no es verdad?

CAMILA. Aunque me cueste la vida.

RAFAELA. (*Tratando de reprenderla.*) Tú no puedes calcular las consecuencias de un paso tan imprudente... Te he suplicado que no lo hagas... ahora te lo mando.

CAMILA. Lo haré de todos modos.

RAFAELA. (*Dirigiéndose á la puerta.*) Yo lo impediré á tiempo...

CAMILA. (*Fingiendo que llora.*) Tú tambien te declaras contra tu hija!..

RAFAELA. (*Deteniéndose.*) Pero no conoces...

CAMILA. Ah! El conde... Mamá, no me desmientas...

## ESCENA II.

Dichas.—EL CONDE.—JUAN.

JUAN. (*Acompañando al conde.*) Tenga usted la bondad de esperar aqui... Voy á decirle...

CONDE. Bien; ve en seguida. (*Salutando.*) Señoras...

CAMILA. (*Con amabilidad.*) Adios, conde... usted deseará saber con qué objeto le ha mandado llamar el abuelo?..

CONDE. Si... estoy impaciente... pero como voy á verle ahora...

RAFAELA. (*Bajo á Camila.*) Hija, por Dios...

CAMILA. Dudo mucho que pueda usted satisfacer su deseo... No puede hablar...

CONDE. Yo creo que cuando Juan ha entendido el recado...

CAMILA. Juan está tan acostumbrado á cuidar de él... Ah! señor conde... yo le ruego que no escuche con prevencion lo que voy á decirle. La situa-

cion en que usted ha colocado á Elena, nos trae alarmados á todos...

CONDE. Qué es lo que usted dice!.. No comprendo cómo se atreve usted á hablarme de un asunto... En su mamá de usted no me estrañaria...

RAFAELA. Yo no quiero hablar á usted... porque...

CONDE. Pero como son tan graves las palabras que acabo de oír...

CAMILA. Cómo quiere usted que califique la resolucion de Elena?

CONDE. Su resolucion?.. Pues qué ocurre?..

CAMILA. Elena quiere marcharse de casa...

CONDE. (*Sobresaltad.*) Elena!... yo quiero... yo necesito verla...

CAMILA. Eso precipitaria su resolucion...

CONDE. Cómo!...

CAMILA. Porque usted es la única causa de ella!

CONDE. Yo!... (*Volviéndose á Doña Rafaela.*) Ah! Señora, esplíqueme usted...

RAFAELA. Yo no puedo... mi hija...

CAMILA. Usted no ha pensado nunca que la existencia de Elena guardaba secretos... que no pueden revelarse... Empeñado en creer que su humildad, su aislamiento, su tristeza, eran el reflejo... (*Con ironía.*) de la sublime melancolia de su alma de artista, ha cometido la imprudencia...

CONDE. (*Fuera de sí.*) Pero qué secretos son esos?

ELENA. Prefiere huir de esta casa á que usted los sepa.

CONDE. Ah! yo necesito ver á su abuelo de usted... á ella...

RAFAELA. (*Deteniéndole.*) No... deténgase usted... mi hija le ha querido decir... (*Al ver á Don Jorge y volviéndose á Camila.*) Hija mia, qué va á suceder?

### ESCENA III.

Dichos.—DON JORGE, que entra casi sostenido por JUAN, en una gran agitacion nerviosa que descompone toda la regularidad de sus movimientos habituales. JUAN le conduce hasta el sillón en que le sienta.

JUAN. (*Al Conde.*) Apenas le dije que estaba usted aquí

con la señorita Camila... se empeñó en que le trajera... No ha querido esperar á que usted vaya...

CAMILA. (*A Juan.*) Retírate... ya no haces falta...

JUAN. Si el señor necesita...

CAMILA. Aquí estamos nosotras... (*Juan se vá.*)

CONDE. (*Dirigiéndose á Don Jorge.*) Ah! señor, cuánto me alegro que haya usted entrado... Es cierta la desgracia que acabo de oír?

JORGE. (*Haciendo extraordinarios esfuerzos por dominar su desarreglo nervioso y por hablar.*) Qué... qué... qué...

CAMILA. El dolor no le deja contestar...

CONDE. Es verdad que Elena abandona esta casa?... (*Don Jorge intenta dominarse sin poder conseguirlo.*)

CAMILA. No le he dicho á usted que la pena que le causa esa resolución le ha hecho caer en uno de esos accesos en que pierde el habla... Haberla tenido siempre á su lado... quererla como á una hija... y verse abandonado por ella, ahora que más le necesita... Ya vé usted cómo hoy no viene acompañándole... sosteniéndole en su brazo... Ah!... qué ingratitud!... (*Don Jorge lucha por desmentir á Camila; pero la descomposición general de sus miembros se lo impide.*)

CONDE. (*Fuera de sí.*) Señor, una palabra... una sola... la duda despedaza mi alma...

CAMILA. Señor conde, no me atrevo á decirselo á usted, pero le está usted mortificando horriblemente... El médico ha prohibido que se le hable...

CONDE. Pero él me ha mandado llamar...

CAMILA. Vamos, vuelva usted mañana y podrá saber al mismo tiempo el convento que ha elegido Elena para su reclusión...

CONDE. El convento!... Qué oigo!... (*Don Jorge redobla sus esfuerzos desesperadamente.*)

CAMILA. Ah! señor conde... retirese usted...

CONDE. (*A D. Jorge con dolor.*) Señor... señor, qué secretos oculta la vida de esa niña? ¿Qué significa lo que acabo de oír? Ah! yo necesito saber...

CAMILA. (*Fingiéndose que llora.*) No insista usted en descubrir... lo que aumentaría su desesperación...

Ah! váyase usted..... (*Empujándole hacia la puerta.*)

JORGE. (*Dando un grito y dominando su agitacion.*) Ah!  
(*Levantándose de un salto nervioso y gritando con desentono como si despertara de un letargo.*) No... no... (*Cogiendo al conde una mano.*)  
Quieto... Gracias, Dios mio!... (*A Camila.*) Qué has... hecho... desgraciada? ¿Creias que Dios iba á permitir que triunfara tu osadia?

RAFAELA. Dios mio! (*A Camila.*) Vámonos...

CAMILA. No tengas miedo.

JORGE. (*Toca una campanilla que hay sobre el velador.—A Juan, que aparece.*) A Elena... que venga.. (*Va hablando claro gradualmente, pero siempre con agitacion. Apoyado en su muleta se dirige á un armario, saca un pliego y le coloca en el velador.—Con solemnidad.*) Ha sonado la hora... de las revelaciones... la hora de la justicia!..

## ESCENA IV.

Dichos.—ELENA.—JUAN.

ELENA. (*Al ver al conde.*) Ah! yo no entro!

JORGE. Elena! hija mia... yo te necesito...

CONDE. (*Al ver á Elena.*) Elena!... Es cierto?

JORGE. Calma, señor conde... (*A Juan.*) Cierra esa puerta. (*Señalándole la del fondo.*) Que no entre nadie.

JUAN. Me voy?...

JORGE. No, quédate; tú formas ya parte de la familia... (*A Elena.*) Tú aquí, á mi lado... (*A doña Rafaela y Camila.*) Acercaos vosotras tambien... os interesa mucho... mucho, lo que vais á cir... (*Camila hace ademán de replicar.*)

RAFAELA. Cállate, por Dios, hija.

ELENA. Pero señor, no sería mejor esperar unos dias... hoy se encuentra usted tan fatigado,...

JORGE. Ni un instante más... Si amas á este pobre viejo, no te opongas á su resolucion. (*A Camila y doña Rafaela.*) Ha llegado el momento que desea-

bais... vais á saber ese secreto que tanto os mortifica... el lazo que me une con Elena... las causas que me obligaron á traerla de América... á darla en esta casa un puesto entre mi familia... Vosotras lo habeis querido así... vuestra conducta ha precipitado este suceso... No culpeis á nadie de sus consecuencias...

RAFAELA. Dice usted que nuestra conducta ha precipitado... Ah! ese es un cargo muy duro... Mire usted que no estamos solos...

CONDE. (*A Don Jorge.*) Es verdad... Señor, nadie más que yo desea saber ciertos secretos... Pero si mi presencia perjudica al carácter confidencial...

JORGE. Su presencia de usted es absolutamente necesaria. La reclama mi conciencia... Yo necesito un testigo... Por graves que sean mis palabras, le suplico que no me interrumpa... Hay en mi vida un secreto... yo habia pensado diferir su revelacion hasta mi testamento... Por eso escribí ayer este pliego... pero la conducta de tu hija me obliga á anticipar la hora de la espiacion!

RAFAELA. De la espiacion!...

ELENA. Ah! no siga usted... Pero qué necesidad hay?... Se va usted á poner muy malo... Yo no puedo consentir que usted siga hablando...

JORGE. Aunque la muerte me sorprenda en esta silla... Inútiles son tus ruegos... Valor! Elena, yo conocí á tu padre...

ELENA. (*Levantándose con exaltacion.*) Qué dice usted? no hable usted de mi padre... no, yo no quiero...

JORGE. Que no hable?... Pues quién te ha dicho?... Tú sabes por ventura...

ELENA. Lo sé todo... silencio...

JORGE. Imposible!... Si hay en tu corazon un átomo de cariño hácia mí, dime quién te ha revelado...

ELENA. Ah! señor conde, retírese usted... yo se lo suplico...

CONDE. En este momento...

JORGE. No... no se retire usted... dímelo... por compasion...

ELENA. (*A él solo.*) Su hija de usted me ha contado la desgracia de mi madre...

- JORGE. De tu madre! Qué desgracia?...
- ELENA. Engañada por un hombre... yo no soy hija legítima...
- JORGE. (Alto.) Ah! es una calumnia! (Volviéndose lleno de furor á doña Rafaela y Camila.) Qué calumnia habeis inventado para desgarrar su corazón? Quién de vosotras ha sido?...
- ELENA. (Con inmensa alegría.) Es una calumnia! Madre mia! La honra de mi madre...
- JORGE. Es tan pura como la tuya, hija mia...
- ELENA. Gracias, Dios mio! Ya estoy satisfecha... No necesito saber más...
- CONDE. Elena! Ese es el secreto que la ha obligado á usted á rechazar mi amor...
- ELENA. Calle usted, señor conde...
- JORGE. Qué oigo!...
- JUAN. Si señor, ha rechazado la mano del señor conde.
- ELENA. Juan, yo te suplico que calles...
- CONDE. (Con júbilo.) Pero si tiene razon...
- JORGE. (A doña Rafaela y Camila.) Hasta dónde habeis llevado vuestra infamia?
- ELENA. No las trate usted así... una es su hija... otra su nieta...
- JORGE. Es verdad, pero una y otra no se han detenido ante la calumnia...
- CAMILA. (Con arrogancia.) Todas las faltas las hemos cometido nosotras.
- JORGE. (Con dolor.) No... todas son la consecuencia de la que yo he cometido... (A Camila.) Tienes razon... yo soy el único culpable... el único.... (Tomando en sus manos el pliego.) Este pliego no debiera haberse abierto hasta despues de mi muerte... Dios ha tenido piedad de mí... me ha tocado en el corazón... me ha revelado á tiempo el camino de la penitencia... (A Elena.) Toma, hija mia, y lee en alta voz... la declaracion que ahí verás escrita de mi puño y letra...
- ELENA. No necesito leerla...
- JORGE. Me obligarás á mí á hacerlo?... No quieres ahorrarme este nuevo dolor?
- ELENA. (Abriendo el pliego y leyendo para sí.) Ah!.... sí.... sí....
- JORGE. (Con agitacion.) No.... no... alto... alto.... te

- he dicho que alto... Trae... (*Queriendo quitarle el pliego.*)
- ELENA. (*Derramando una lágrima.*) Padre mio!.. (*Rompe el papel en varios pedazos.*)
- JORGE. Qué has hecho?... Ah! yo no lo consentiré jamás....
- ELENA. (*Abrazándole.*) Ni yo que sepa...
- JORGE. (*Luchando con ella.*) Si... oid... sabed que todo cuanto...
- ELENA. (*Tapándole la boca.*) No... nunca. No hagan ustedes caso... Yo diré lo que contiene la declaración... yo lo diré...
- JORGE. (*Desembarazándose.*) Es preciso..... mi conciencia lo exige...
- ELENA. Señor conde... retírese usted... Juan, vámonos todos...
- JORGE. Su presencia es mi castigo... No quieres, hija mia, que yo muera tranquilo? Oid. En ese pliego de claro... que todos los bienes que hasta aquí han sido comprados en mi nombre... que todo cuanto pasa por mio, mis haciendas... esta casa, estos muebles... todo, todo pertenece á Elena.
- RAFAELA. Ah! padre mio!..
- CAMILA. Eso no puede ser... usted se equivoca.
- ELENA. Si... sí... se equivoca...
- JORGE. (*Con voz terrible.*) Dejadme hablar... yo conocí á su padre en América... acababa de vender el buque en que habia navegado treinta años y de reducir á dinero todo su comercio..... Su afan era volver á España con su hija .. descansar de una vida entera de trabajo y peligro... Yo gané su intimidad, y un dia... viniendo al punto en que debia verificarse su embarque, le sorprendió la muerte en el camino...
- ELENA. (*Arrodillándose.*) Ah! no siga usted..... Por mi padre!...
- JORGE. (*Sin hacerla caso.*) Al espirar me entregó su fortuna y su hija diciéndome: «Ve á España... emplea todo ese dinero en comprar bienes á nombre de mi Elena... que al perder á su padre encuentre en ti un tutor honrado!»
- RAFAELA. Dios mio! qué desgracia!
- CAMILA. Qué afrenta!

**JORGE.** Vine á España... la tentacion me asaltó: ya veis lo que hice... lo compré todo á mi nombre.... Dios en su misericordia quiso que no me atreviera á desprenderme de la pobre huérfana.... de la niña á quien acababa de robar... Sus cuidados, su cariño han aumentado mis remordimientos... (*A Elena y doña Rafaela.*) Vuestra conducta ha anticipado la hora de la restitution... hoy la devuelvo lo que siempre la ha pertenecido!...

**ELENA.** Ah! (*Cogiéndole las manos.*) Que este secreto quede oculto entre nosotros... que nadie sepa...

**JORGE.** Imposible... cada dia... cada hora que pase sin que la voluntad de tu padre se cumpla... es un gusano más que roe mi corazon.

**ELENA.** Yo no quiero que se toque á nada mientras usted viva.... Pobre he creido hasta aqui que era, y he sentido en mi corazon hácia usted el cariño de una hija... me he encontrado siempre pronta á perdonar las injurias... y he tenido valor para hacer á la memoria de mi madre el sacrificio de mi amor...

**CONDE.** Qué escucho!

**ELENA.** Quién sabe si esas riquezas debilitarian mi corazon y corromperian mi alma. ¿Para qué las necesito? Ah! que todo continúe lo mismo. (*A doña Rafaela y Camila.*) Que todos continuemos siendo la misma familia.

**CONDE.** Elena! eres tan buena como te soñó mi alma...

**JUAN.** Qué corazon, señor, tan grande!

**JORGE.** (*Llorando.*) Alma sublime... (*Arrodillándose.*) Dame tu perdon... (*Elena intenta levantar á D. Jorge. Camila permanece de pié y alejada. Reparando en Camila.*) De rodillas... de rodillas ante ella... Todo cuanto hay aqui es suyo... esta casa de donde querias echarla... el pan que comes... ese vestido... esos diamantes que llevas con tanta vanidad... nada te pertenece. De rodillas...

**RAFAELA.** (*Suplicando.*) Hija!

**CAMILA.** (*Arrancándose las pulseras y el alfiler del pecho.*) Si son suyos estos diamantes, (*Tirándolos.*) que los tome... yo no me humillo nunca...

- prefiero mil veces la pobreza.
- JORGE.** (*Descompuesto por la ira.*) Qué has hecho? (*Levantándose.*) De rodillas!.. (*Amenazándola.*)
- ELENA.** Yo no lo consiento...
- RAFAELA.** Hija! abrázala...
- CAMILA.** Nunca!...
- JORGE.** (*Con voz terrible.*) De rodillas... (*Agarrándola de una mano y trayéndola á los piés de Elena.*)
- CAMILA.** (*Arrodillándose.*) Ah! qué desgraciada soy!
- ELENA.** Nunca!.. es mi hermana! (*Levantándola.*)
- CONDE.** (*Cogiendo las manos de Elena.*) Elena mia!.... yo no te merezco...
- JORGE.** (*Con solemnidad.*) Bienaventurados los humildes, porque ellos serán ensalzados!

FIN.